

LA VOCACIÓN DE LA IGLESIA ES EVANGELIZAR

Por Alfonso Martínez Sanz

San Pablo, el gran evangelizador

Tal como aparece en el tríptico que anuncia esta Mesa Redonda, el tema que va a estudiarse es: “**Evangelizar en una sociedad post moderna**”. De todos es conocido sobradamente que, por iniciativa del Papa Benedicto XVI, desde las vísperas del 28 de junio del presente año y hasta el 29 de junio de 2009, se está celebrando en la Iglesia universal un Año Jubilar Paulino, cuyo objetivo es conocer la figura y la obra del Apóstol de las Gentes, y profundizar en el mensaje que, por inspiración divina, dejó a la Iglesia.

Cuando iba camino de Damasco, el que hasta ese momento había sido un peligroso perseguidor de los cristianos se convirtió en Apóstol de Jesucristo (Rom 1,1). A partir de tal acontecimiento, asumió dos actitudes que comprometieron toda su vida: anunciar el Evangelio de Jesucristo y, lo que no es menos importante, manifestar que la razón de ser de su vida era Cristo el Señor. Para él, Jesucristo fue la fuente de su vida personal, de su acción apostólica y de la Iglesia, fundada por Jesús, a la que supo servir y amar con todas sus fuerzas. El centro del mensaje paulino no es otro que el misterio de Cristo, que ilumina toda la existencia cristiana. Para Pablo, sin Cristo no se puede hacer nada. Él es quien salva a la humanidad y quien nos introduce en la gran familia de los hijos de Dios (Cf. Mensaje del Episcopado Venezolano sobre el Año Paulino).

La identificación de Pablo con Cristo fue tan plena, que llegó a escribir con toda verdad: “*No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2,20). Con el convencimiento total de que Cristo mismo, a quien antes perseguía, habitaba en él, y era el centro de su vida, se sintió urgido a darlo a conocer, a evangelizar, a ir al mundo entero a proclamar el Evangelio, haciendo discípulos, para consagrarlos con el bautismo e introducirlos en el conocimiento y en la vivencia de la Palabra de Dios (cf. Mt 28,19-20). Esa urgencia le llevaría a exclamar: “*¡Ay de mí, si no evangelizara!*” (I Cor 9,16).

La Iglesia de Jesucristo, en toda su historia, ha sentido siempre la misma urgencia que Pablo por anunciar a Jesucristo. Es también, precisamente, esa urgencia el motivo por el que estamos reunidos aquí y ahora.

El concepto de evangelización

El término “evangelio” o “evangelización” proviene etimológicamente de la palabra griega “euangelion”, en latín, “evangelium”. Su significado es el de “buena noticia”, “buena nueva”, “premio por traer buena noticia”: eu-buena, +angelos, mensajero (el mensajero de cosas buenas).

Al intentar pasar del significado etimológico a la significación bíblica, viene a la mente un bello texto del Deuteroisaias, escrito cinco siglos antes de Cristo: “*¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del evangelizador que anuncia la paz, que trae la buena noticia, que pregona la salvación, diciendo: tu Dios reina!*” (Is 52,7). También es importante, en el tema que nos ocupa, aquel otro versículo de libro de Isaías: “*Él me ha enviado para evangelizar a los abatidos y sanar a los de corazón quebrantado, para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados*” (Is 61,1).

En los versículos citados, aparece ya que la evangelización no tiene como destinatarios únicos a los judíos, sino que alcanza igualmente a los gentiles. El salmo 92, en línea con el Deuteroisaias, lo reflejará así: “*Proclamad su salvación día tras día, contad su gloria a las naciones*” (s.96, 2).

Pasando al Nuevo Testamento para profundizar en el concepto de evangelización, comprobamos que Juan Bautista “evangelizaba”(Lc 3,18); Jesús anunciaba el Evangelio a los pobres (Mt 11,5), y envió a los apóstoles al mundo entero a predicar el Evangelio (Mc 16,15); y los apóstoles, de modo muy especial Pablo, proclamaron la Buena Nueva del Evangelio (Rom 1,1; Gal 1,15 ss.; I Tes 2,4; Col 1,23; etc). Las citas, en las que se habla de la evangelización, son muchas más, aunque las que acaban de hacerse son suficientes para poder afirmar que, en sentido bíblico, **la evangelización es el anuncio, la proclamación, de la Buena Nueva de la salvación opera por Cristo, a las gentes de todos los pueblos, con el fin de que se conviertan y crean.**

El siervo de Dios Pablo VI, en su importantísima **Exhortación Apostólica “Evangelii Nuntiandi”**, lo expresaba de este modo: “*Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad*” (n.18) Recogiendo esta enseñanza, la **Nota Doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización** (Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 3 de diciembre de 2007) dice que la vida de la Iglesia toda “*consiste en realizar la traditio Evangelii, el anuncio y transmisión del Evangelio, que es <fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree> (Rm 1,16) y que en última instancia se identifica con el mismo Cristo*” (1 Cor 1,24) . El fin del anuncio evangelizador, por lo tanto, no es simplemente dar a conocer el Evangelio; intenta, además, que en el corazón de cada hombre surja una adhesión a Jesucristo, junto con una conversión personal que lo transforme y renueve interiormente.

Evangelizar es la tarea principal de la Iglesia

Jesús, con su predicación infatigable, fue “*el primero y el más grande evangelizador*”, dice la **Evangelii Nuntiandi** (n. 7), siendo el núcleo central de su evangelización anunciar el Reino de Dios, sus exigencias, los misterios que contiene y la fidelidad vigilante hasta su llegada definitiva. Con hechos y palabras, Jesús de Nazaret proclamó “*la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él*” (EN, n.9). Por gracia y misericordia divinas, el Reino y la salvación anunciados por Cristo son para todos hombres, pero sin olvidar que cada uno ha de hacerse violencia para poder conseguirlos (Cf. Mt 11, 12; Lc 16, 16).

Hay que señalar, por la importancia y necesidad de su influjo, que antes de comenzar su tarea evangelizadora Jesús es “conducido por el Espíritu” (Mt 4, 1), y, “con la fuerza del Espíritu” (Lc 4, 14), regresa a Galilea, inaugurando su predicación en la sinagoga de Nazaret. Allí precisamente fue, donde, sirviéndose de un texto de Isaías (Is 61, 1-2), dijo de sí mismo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió y me envió a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón, a predicar a los cautivos la libertad y, a los ciegos, la recuperación de la vista*” (Lc 19, 10). El Espíritu Santo, sin duda, siempre condujo y dio fuerza a Cristo en toda su acción evangelizadora. Y es que, como afirma la **Evangelii Nuntiandi**, sin el impulso del Espíritu Santo, no hay evangelización posible (Cf. EN, 75).

Si el Espíritu Santo fue como el alma de la evangelización realizada por Cristo, y no hay evangelización posible sin su impulso, no podía faltar la acción del Espíritu Santificador, cuando los apóstoles salieron al mundo entero a predicar el Evangelio (Mc 16, 15). Pablo VI, en la Exhortación Apostólica ya citada, resume de esta manera el influjo del Espíritu Santo en el primer anuncio: “*Pedro, lleno del Espíritu Santo, habla al pueblo acerca de Jesús Hijo de Dios (Cf. Act 4, 8). Pablo mismo está lleno del Espíritu Santo (Cf. Act 9,17) antes de entregarse a su ministerio apostólico, como lo está también Esteban cuando es elegido diácono y más adelante, cuando da testimonio con su sangre (Cf.6, 5.10;7, 55). El Espíritu que hace hablar a Pedro, a Pablo y a los Doce, inspirando las palabras que ellos deben pronunciar, desciende también sobre los que escuchan la Palabra*” (Cf. Act 10, 44)”.

La Iglesia de todos los tiempos, actuando en ella el Espíritu Santo como agente principal de la evangelización, ha cumplido el mandato imperativo de Jesús, considerando, como su tarea primera y principal, la de hacer “*discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y de Espíritu Santo*” (Mt 28, 19) En el proemio, el Decreto **Ad Gentes** señala que “*la Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser el sacramento universal de salvación, por exigencias íntimas de su catolicidad, y obedeciendo al mandato de su Fundador (Cf. Mc 16,16), se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres*” (AG, n.1). Es lógico y natural que haya sido y sea así, puesto que, por voluntad de Cristo, la **vocación de la Iglesia es evangelizar**: predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa...; en una palabra, implantar el Reino de Dios en el mundo (Cf. EN, n.14).

En su esfuerzo por evangelizar, la Iglesia tiene el deber sagrado de anunciar **explícitamente** a todos los hombres al “*Dios vivo y verdadero*” (I Tes 1, 9), y a su enviado Jesucristo, muerto y resucitado, salvador de todos los hombres, “*a fin de que..., abriéndoles el corazón el Espíritu Santo (Cf. Act 16,14), creyendo se conviertan libremente al Señor, y se unan a Él con sinceridad*” (Cf. AG, 13). Y es que el **anuncio** de la persona de Cristo, de su vida, de su doctrina y de su obra, la **conversión libre** de la persona y la **fe** en Jesús de Nazaret son los tres eslabones esenciales de la evangelización, que no pueden separarse, si se quiere que ésta sea auténtica. Las palabras de Jesús, cuando comenzó a evangelizar, son suficientemente claras: “*El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio*” (Mc 1, 15).

Antes de finalizar este apartado, y sin más comentarios, considero conveniente afirmar que la Iglesia evangelizadora ha procurado llegar a todas las regiones y a todos los hombres, realizando la evangelización en formas diversas y de acuerdo a las situaciones y culturas de cada pueblo. Quizá ésa sea la razón por la que la Enc. **Redemptoris missio** (n. 30s), y también la Nota Doctrinal citada más arriba (n.12), distinguen entre “*missio ad gentes*”, dirigida a los que no conocen a Cristo, “*evangelización*”, para referirse al aspecto ordinario de la pastoral, y “*nueva evangelización*”, que estaría orientada a los que han abandonado la fe.

La “nueva” evangelización

Fruto del primer anuncio y de la misión *ad gentes*, durante los más de veinte siglos de cristianismo, ha sido el hecho de que muchas naciones han creído en Cristo, y son mayoritariamente cristianas. Sin embargo, aunque bastantes de ellas, especialmente del Primer Mundo, fueron comunidades florecientes en el pasado, en la actualidad, muchos bautizados han perdido el sentido vivo de la fe, llevan una vida personal alejada de Cristo y de su Evangelio, no se reconocen ya como miembros de la Iglesia o, incluso, piden la salida de ella.

Benedicto XVI, con ocasión de la inauguración del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, hace referencia en la homilía a esa dolorosa situación. “*El pensamiento –comenta el Papa- se dirige espontáneamente al primer anuncio del Evangelio, del que surgieron comunidades cristianas, en un primer momento, florecientes, que después desaparecieron, y que hoy sólo son recordadas por los libros de la historia. ¿No podría suceder lo mismo en nuestra época? Naciones, que en un tiempo tenían una gran riqueza de fe y vocaciones, ahora están perdiendo su identidad, bajo la influencia deletérea y destructiva de una cierta cultura moderna. Hay quien, habiendo decidido que <Dios ha muerto>, se declara a sí mismo <dios>, considerándose el único agente de su propio destino, el propietario absoluto del mundo*”.

Ante una realidad tan preocupante, pero lleno de una gran esperanza, el venerado Juan Pablo II, en la **Redemptoris missio**, lanza a la Iglesia entera el grito paterno y fraterno de que “*es necesaria una <nueva evangelización> o <reevangelización>*” (Cf. RM n.33). Dos años antes, con la Exhortación Apostólica **Chritifideles laici**, invitaba ya a los laicos a ser misioneros, porque había llegado la hora de una nueva evangelización (Cf. ChL n.34). Y no desaprovechó el comienzo del nuevo milenio para reiterar a toda la Iglesia: “*He repetido muchas veces en estos años la <llamada> a la <nueva evangelización>. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés*” (NMI, n.40).

En esta línea de pensamiento, hacia el año 1950, San Josemaría Escrivá había escrito una ficha, que después formó parte de SURCO. En ella, el Fundador del Opus Dei hablaba así: “*Ya hace muchos años vi con claridad meridiana un criterio que será siempre válido: el ambiente de la sociedad con su apartamiento de la fe y la moral cristianas necesita una nueva forma de vivir y de propagar la verdad eterna del Evangelio: en la misma entraña de la sociedad, del mundo, los hijos de Dios han de brillar por sus virtudes como linterna en la oscuridad -<quasi lucernae lucentes in caliginoso loco>*” (n. 318).

Ciertamente, nuestra sociedad está presentando a la Iglesia católica y al cristianismo, en general, “*el desafío más radical que ha conocido la historia*”. Tan dura afirmación no viene de una persona pesimista, que exagera en su diagnóstico. Son palabras del mismo Juan Pablo II dirigidas a los Obispos europeos en el IV Simposio, celebrado el 11 de octubre de 1985. Ese desafío tan radical, exige urgentemente una nueva evangelización, que sea “*nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión*”, tal como señaló el mismo Papa, en la Asamblea del CELAM en Aití, año 1983. Se trata, pues, de una evangelización capaz de adaptarse a las circunstancias de esta nueva etapa histórica, y afrontar los nuevos desafíos del momento presente. Impulsada por el Espíritu, la Iglesia deberá anunciar el Mensaje Evangélico hoy día, como si de la primera vez se tratase, con toda la fuerza de novedad y de escándalo que entraña el Evangelio, con todos los alicientes y con todo el atractivo de la gran empresa sobrenatural que es. Ha de actuar sin temores ni complejos, con sencillez y sin privilegios, con la seguridad que da el creer firmemente que Cristo está con ella hasta la consumación de los siglos (Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Impulsar una nueva evangelización. Plan de Acción Pastoral para el trienio 1990-93).

Los evangelizadores de estos nuevos tiempos se han de esforzar por realizar una evangelización “nueva en su ardor”, que nace y se alimenta del encuentro personal con Cristo. Quien hace el esfuerzo por identificarse con Él, como San Pablo, es capaz de comunicar a los demás la alegría de la fe, con un corazón encendido por el fuego del Espíritu, que le impulsa al anuncio del Evangelio. La santidad del evangelizador enciende más y más ese ardor y, a la vez, atrae a los demás a la fe por la fuerza de sus palabras, apoyadas en un auténtico testimonio.

Evangelización, también “nueva en sus métodos”, afirmaba el Papa. El ardor de la nueva evangelización debe ir acompañada de **nuevos métodos**. “Los nuevos paradigmas culturales exigen nuevos caminos para la evangelización”. En ese sentido, el Cardenal Ratzinger pronunciaba una conferencia sobre la nueva evangelización, y empleaba estas precisas palabras: “*Ciertamente, debemos usar de modo razonable los métodos modernos para lograr que se nos escuche; o, mejor, para hacer accesible y comprensible la voz del Señor. No queremos que se nos escuche a nosotros; no queremos aumentar el poder y la extensión de nuestras instituciones; lo que queremos es servir al bien de las personas y de la humanidad, dando espacio a Aquél que es la Vida*” (L’OSSERVATORE ROMANO, 19 de enero 2000).

Por último, evangelización “nueva en su expresión”. La vivencia del Evangelio no se agota en una experiencia cultural, o en un espacio temporal determinado. El Mensaje evangélico es tan grande y universal que está por encima de las distintas épocas y culturas. En un mundo construido de espaldas a Dios, en donde toda referencia a Él, o a lo sobrenatural, ha sido mutilada o suprimida, es urgente el anuncio de la Buena Nueva, de una manera renovada y renovadora, vivificante y audaz. Y ha de llevarse a cabo en sintonía con la mentalidad de los tiempos modernos, y con capacidad de responder a los interrogantes y necesidades del hombre de hoy. Pero esto ha de hacerse sin perder o disminuir en nada la fidelidad al contenido del propio Mensaje de Jesús. El conocido como Documento de Santo Domingo sobre la Nueva Evangelización, año 1992, hablando del nuevo lenguaje, dice así: “*Jesucristo nos pide proclamar la Buena*

Nueva con un lenguaje que haga más cercano el mismo Evangelio de siempre a las nuevas realidades culturales de hoy”(IV CONFERENCIA EPISCOPAL LATINOAMERICANA, Nueva Evangelización promoción humana, cultura cristiana).

Llegados a este momento de nuestra reflexión, quisiera resaltar lo que Juan Pablo II llamó “*presupuestos fundamentales para la nueva evangelización*” (Discurso a la Asamblea del CELAM en Aití). El primero al que hace referencia son los ministros ordenados. La vitalidad necesaria para llevar a cabo la nueva evangelización será imposible, si no se cuenta -dice el Papa- “*con sacerdotes numerosos y bien preparados...en los aspectos espiritual, doctrinal y pastoral*”. El segundo presupuesto fundamental para la nueva evangelización mira a los laicos. Por ello invita a los obispos a que se empeñen “*en formar un número creciente de laicos, prontos a colaborar eficazmente en la obra evangelizadora*”. Si se quiere con seriedad que la nueva evangelización sea una realidad gozosa, es condición indispensable y esencial promover muchas vocaciones sacerdotales, bien formadas en lo espiritual, el lo doctrinal y en lo pastoral, y potenciar la formación teológica y ascética de muchos laicos, que cristianicen el mundo desde dentro, desde sus entrañas.

Sintonizando con el Sínodo que ayer terminaba, quiero finalizar este apartado de la nueva evangelización con un texto de Benedicto XVI, en la homilía de la misa del día de la inauguración: “*Sabemos ...que el anuncio de la Palabra, siguiendo a Cristo, tiene como contenido el Reino de Dios (Cf. Mc 1,14-15), pero el Reino de Dios es la misma persona de Jesús, que con sus palabras y obras ofrece la salvación a los hombres de todas las épocas ... Todos experimentamos la necesidad de poner en el centro de nuestra vida la Palabra de Dios, de acoger a Cristo como nuestro único redentor, como Reino de Dios en persona, para hacer que su luz ilumine todos los ámbitos de la humanidad*” . Iluminar todos los ámbitos de la humanidad con la luz de Cristo ha sido, y seguirá siendo, el fin y el objetivo último de la evangelización de la Iglesia de todos los tiempos.

Algunos aspectos de la evangelización

Ante ciertos relativismos e irenismos relacionados con la evangelización, incluso dentro de la Iglesia, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe publicó, con fecha 3 de diciembre de 2007, un documento, del que ya hemos hecho mención y cuyo título es “**Nota Doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización**”. Además de una introducción y de una conclusión, consta de tres apartados o capítulos, que hablan de implicaciones antropológicas, eclesiológicas y ecuménicas. No es éste el foro adecuado para hacer un estudio profundo del documento, ni siquiera una síntesis pormenorizada del mismo. Sí que puede resultar de interés resaltar la importancia y oportunidad del mismo, y hacer una invitación, si se nos permite, a la lectura y estudio personales de tal documento.

De manera nítida y contundente, la Sagrada Congregación aclara el concepto de la “misión evangelizadora de la Iglesia”, saliendo al paso de la “confusión creciente” provocada por el agnosticismo y el relativismo de esta sociedad post moderna. La Declaración **Dominus Iesus**, también de la Congregación para la Doctrina de la Fe, año 2000, ya enseñaba que el “*perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro*

por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo de facto sino también de iure (o de principio)”.

Con modos de decir y con hechos más o menos explícitos, se está propalando, también en sectores católicos, que la evangelización no respeta la libertad del evangelizado, sino que es más bien un atentado contra ella. Una tal concepción lleva a conclusiones como éstas: que no hay que favorecer “la conversión a Cristo y a la fe católica”, “que basta (con) ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión”, incluso, que no se “debería anunciar a Cristo a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues sería posible salvarse también sin un conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia” (n.3). Hasta se llega a afirmar que “la pretensión de haber recibido como don la plenitud de la Revelación de Dios esconde una actitud de intolerancia y un peligro para la paz” (n. 10). Por desgracia, el asunto no se queda en el terreno de las ideas o de las discusiones teológicas, sino que en la práctica se está actuando de acuerdo con esos modos de pensar.

La Nota Doctrinal va rechazando éstos y otros postulados con una argumentación bíblico-teológica, que deja bien clara la “doctrina católica sobre la evangelización, ampliamente tratada en el Magisterio de Pablo VI y Juan Pablo II” (n. 3). Al final del documento, se llega a la conclusión siguiente: “Los relativismos de hoy en día y los irenismos en el ámbito religioso no son un motivo válido para desatender este compromiso arduo y, al mismo tiempo, fascinante, que pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia y es <su tarea principal> (Benedicto XVI). <Caritas Christi urget nos> (2 Cor 5,14)”.

A modo de conclusión

A modo de conclusión, nos parece oportuno y actual citar unas palabras de Benedicto XVI, en el Mensaje para la Jornada del Domund, publicado el 18-VII-2008. Dice el Papa: “El mandato misionero sigue siendo una prioridad absoluta para todos los bautizados, llamados a ser <siervos y apóstoles de Cristo Jesús> en este inicio de milenio. Mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, en la Exhortación apostólica **Evangelii Nuntiandi**, afirmó que <evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda>...Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico...Vosotros, queridos presbíteros, los primeros colaboradores de los obispos, sed pastores generosos y evangelizadores entusiastas”.

Ser pastores generosos y evangelizadores entusiastas, como nos dice el Papa, es la mayor realización personal que podemos alcanzar, y el mejor servicio que podemos prestar a la Iglesia y a esta sociedad post moderna. Que la Virgen, Madre de la Evangelización, nos ayude.